

DISCURSO DE DON JUVENAL HERNÁNDEZ
RECTOR DE LA U. DE CHILE, EN LA SESIÓN
INAUGURAL DEL IV CONGRESO AMERICANO DE
MAESTROS

Juvenal Hernández

Discurso de don Juvenal Hernández

*Rector de la Universidad de Chile, en la sesión inaugural del IV
Congreso Americano de Maestros*

25 de Diciembre de 1943



SANTIAGO
PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
1 9 4 4

Señores delegados:

Cada vez que un pueblo, una sociedad, o una cultura hacen crisis todas las miradas se dirigen hacia la educación. Todas nuestras mejores esperanzas las ponemos entonces en la escuela. Por lo mismo tengo plena conciencia del honor que para mí significa el poder decir algunas palabras en esta asamblea de maestros, distinción que no puede ser otra cosa que el homenaje que habéis querido tributar a la venerable corporación que dirijo, recientemente centenaria; que en el punto de partida de su trayectoria institucional registra un claro bautismo americanista, por mano de varones egregios, cuyos nombres forman parte del mejor patrimonio cultural del continente. En efecto, la Universidad de Chile, que se abriera bajo el alto impulso inicial del ve-

Juvenal Hernández

nezolano Andrés Bello, que recogiera en su Facultad de Filosofía las primeras inspiraciones del argentino Sarmiento, que esbozara por mano de Lastarria y sus discípulos las primeras bases de un auténtico evangelio americano, no es institución que haya gustado de clausurarse en un localismo estrecho, sino que nació acogiendo la contribución intelectual de nuestros mejores espíritus, se ha mantenido abierta a sus ulteriores sugerencias continentales y hoy continúa preocupada de las graves cuestiones con que se debe enfrentar América.

Es saludable que en los momentos de duda, de tribulación y de general desconcierto, las personas abandonen las faenas prácticas en que se encuentran actualmente comprometidas, para reunirse en amplias convenciones — como esta — a fin de reflexionar sobre los fundamentos teóricos de la labor que se realiza y de las nuevas condiciones en que ésta haya de continuar verificándose. En verdad, hombres de todos los oficios y de todas las profesiones, trabajadores de todos los dominios de la actividad continental, deberíamos tener la oportunidad de abstraernos un instante a la tiránica absorción de la faena diaria para ejercitar, en la medida en que de ello seamos capaces, la dignidad de esta olvidada función especulativa.

Pero si ningún profesional puede honorablemente eximirse hoy día de esta tarea de reflexión, ella se convierte en imperiosa e ineludible para quienes laboran en las delicadas funciones de la enseñanza. Porque, mientras todos los demás profesionales son peritos en un rasgo bien determinado de la actividad humana, se cumple

D i s c u r s o

en el maestro esta singular y paradójica condición de ser un especialista en «cultura», vale decir — y perdóneseme la aparente contradicción —: en aspectos generales de la vida humana que no pueden formularse definitivamente en las reglas precisas de una técnica. Nosotros, los que tenemos la misión de enseñar a vivir a las nuevas generaciones americanas, no podemos permanecer ajenos, aun cuando no lo hagamos sino en un grado elemental, a una cierta reflexión en torno al sentido de la vida. Una sola cosa es, en buenas cuentas, la faena de la enseñanza y la tarea de estar reflexionando sobre los fines que se persiguen en el hacer pedagógico. Y pedagogía que excluya semejantes fundamentos teóricos, que no tenga así las bases de una filosofía viviente, no es más que un conjunto de rutinas o una estéril e insoportable logomaquia.

Por eso es que el maestro ocupa una jerarquía peculiar entre los individuos de una nación. Y esta jerarquía espiritual se acentúa más especialmente en los países de América. A su alta situación intelectual corresponde una mayor responsabilidad cívica que, por lo demás, ha ejercitado en reiteradas ocasiones, hasta llegar a constituirse una tradición profesional y ciudadana de la cual puede hoy día enorgullecerse con toda justicia. Y la realidad de este congreso, en momentos tan oscuros de nuestra vida internacional, está mostrando que el magisterio americano persiste en su voluntad de no eludir semejante responsabilidad histórica.

De aquí, entonces, que la generación decorosa, acabada y unitaria del profesorado continental, es uno

Juvenal Hernández

de los problemas más importantes que se presenta a la consideración de los estadistas de América. La tarea del maestro, desde el punto de vista de su responsabilidad intelectual y moral, no puede identificarse con las demás especialidades que tienen libre curso en el mercado de las profesiones. Desde luego, no puede quedar abandonada a la acción más o menos generosa de la iniciativa particular sin grave desmedro para la integridad de nuestros países en formación. Se hace indispensable que las escuelas normales y los institutos destinados a la formación del profesorado de la segunda enseñanza, intensifiquen también las disciplinas humanistas y científicas para una base cultural sólida orientada hacia la formación de una conciencia americana, ese espíritu unitario indispensable para que llegue a producirse entre nosotros una verdadera comunidad de pensamiento y de acción.

Desde hace muchos años ha estado la Universidad de Chile empeñada en la formación de esa conciencia unitaria. Permitidme recordar las palabras de uno de sus más grandes rectores para quien «el deber más trascendental del profesorado en las sociedades cultas es el restablecer la unidad del intelecto», lo cual no puede lograrse sino «recibiendo directa o indirectamente, de una sola mano — las manos de la Universidad — a la vez que la investidura del magisterio la comunión de una misma verdad». Y don Valentín Letelier lo presentía ya en sus reflexiones de medio siglo: «Cuando en un día lejano celebremos un congreso pedagógico cuyos individuos todos se hayan amamantado en la Universidad

D i s c u r s o

Nacional podremos decir con fundamento que vamos en camino de restablecer la unidad del intelecto, hoy destrozada por la contención de doctrinas contradictorias».

Las condiciones de la profesión de maestro, su jerarquía intelectual, su alta responsabilidad cívica, nos incitan a meditar, otra vez, en el significado de tan sugestivas palabras.

*

Cuando los profesores de los distintos grados de la enseñanza abandonamos un momento las faenas administrativas y docentes en que nos encontramos ordinariamente comprometidos, para reflexionar con amplitud sobre el significado de nuestra labor, concluimos que la educación es una función social que se halla íntimamente ligada a la conservación y a la renovación de la vida dentro de los países americanos. El concepto que hace más de medio siglo formulara con segura nitidez uno de los grandes constructores de la enseñanza chilena tiende a afirmarse cada día con mayor autoridad: la educación es una función social.

Que la educación es una función social significa que se halla directamente vinculada a la persistencia de la vida de los pueblos, que ella no es producto de la voluntad de los individuos, que no puede abandonarse a la iniciativa privada de los grupos de inspiración filantrópica, sino que es uno de los primordiales intereses colectivos y, en todo caso, una de las funciones más importantes de la vida en las comunidades americanas.

Juvenal Hernández

En efecto, la fe en las posibilidades de la educación sistemática constituye una de las notas características de la tradición cultural de nuestro continente, en oposición a otros rasgos que definen mejor la fisonomía de Europa. Esta fe que animara intensamente a los forjadores de la nacionalidad chilena y de una manera general a todos los grandes iniciadores de la vida política en el continente, ha encontrado su formulación ejemplar en la afirmación que Horacio Mann pronunciara a mediados del pasado siglo: «En nuestro país y en nuestros días nadie es digno del honroso título de hombre de Estado si la educación práctica del pueblo no ocupa el primer lugar en su programa de administración. Puede un individuo ser elocuente, conocer a fondo la historia, la diplomacia, la jurisprudencia, y ya sería bastante en muchos otros países para que pudiera aspirar al elevado rango de estadista; pero si sus esfuerzos no se hallan siempre y en todas partes consagrados a la educación del pueblo, no es, no podría ser un hombre de Estado americano.

Hoy sabemos de cuán variados hilos se compone la trama de la vida de un pueblo y frente a ella nos cuidamos de toda visión simplista que falsifique la efectiva complejidad de lo real. El pliegue profesional desfigura un poco la justeza de nuestra mirada y es así como frente a los graves problemas de la actualidad los especialistas emergen armados de soluciones en que se advierte, desde luego, una unilateralidad vituperable. De esta manera, los políticos afirman que todo depende de una nueva estructura constitucional del Estado; los ma-

D i s c u r s o

gistrados y jurisperitos que nuestros males se remediarían con una mejor aplicación de las leyes; los capitanes de la industria afirman que sólo nos salvaremos por una intensificación violenta de la producción. ¡Siempre puntos de vistas parciales y limitados!

Frente a estas visiones unilaterales ¿qué pensar de nosotros, maestros, que nos reunimos aquí para afirmar nuestra fe tradicional en las posibilidades de la educación sistemática frente a las dificultades porque hoy atraviesan los pueblos americanos? Las palabras de Horacio Mann continúan resonando en nuestros oídos: «En otras partes el verdadero estadista podrá encontrarse adornado de virtudes diversas, pero en nuestro país y en nuestros días el que no consagre sus mejores preocupaciones a la educación del pueblo no es, no podría ser un hombre de Estado americano».

He aquí que se establece un sólido vínculo entre la educación, en el más amplio de sus significados, y la política, en el más substancial de sus sentidos. El político que no es capaz de una acción educativa, esto es que no acierta a darle su configuración a la vida de un pueblo, es un pseudo-político, está realizando apenas una forma disminuída o inferior de la actividad política. El educador que no dispone de una cultura suficiente para interpretar el sentido de su trabajo en función de la sociedad y de su tiempo, no es un educador, es un pseudo-educador, un instructor, pero no un verdadero formador de hombres. Ahondamos en el significado de la educación y ella elude toda concepción unilateral de especialista para mantenerse vinculado, así, a las formas

II

Juvenal Hernández

principales de la cultura. Dentro de este espíritu aun podemos mantener con plena validez actual la vieja consigna renovada no ha mucho por uno de nuestros presidentes: «Gobernar es educar». Y es cierto, porque la política de gran estilo se ha confundido siempre con una seria atención de las escuelas y la labor educativa realmente eficaz con la actitud de maestros que se encuentran penetrados de una sólida concepción de la vida.

✱

La educación — función social — es un instrumento para construir las bases de la nacionalidad en nuestros pueblos. El valor que en este sentido asignamos a la educación sistemática difícilmente podrá ser comprendida por hombres formados en las viejas culturas de Europa en las que otros factores operan sobre los educandos de una manera casi refleja y tiene la virtud de modelarlos espontáneamente. Pero nosotros, en fuerza de condiciones harto conocidas, nos mantenemos en una situación informe, larvaria, haciéndonos lenta y penosamente, en lucha por una parte con los elementos de una naturaleza bravía y por otra con las tendencias de culturas extrañas que al prolongarse hacia la nuestra en cruzamiento fructífero, introducen también sus propios elementos de contradicción, obstaculizando, muchas veces, el normal desenvolvimiento de nuestro pueblo. De aquí nuestra condición amorfa, inconclusa, desarticulada.

La educación es la herramienta justa que los es-

D i s c u r s o

tados americanos hemos de aprovechar en la plenitud de sus posibilidades para configurarnos internamente con una personalidad de verdaderas naciones y externamente en el amplio círculo de una comunidad continental. Pero esta formación implica la obligación de definirnos previamente, de elaborar nuestra «idea», para que en función de ella se pueda llegar a la formación de una firme conciencia americana.

Naturalmente, nosotros vivimos, por directa experiencia, los valores que caracterizan a cada uno de los miembros de nuestro pueblo y, de una manera general, sentimos las peculiaridades del hombre americano como una realidad nueva de la cual tomamos una conciencia más bien emotiva en el propio individuo que somos; pero es necesario esclarecer estas intuiciones un poco vagas de la experiencia, organizarlas en conceptos, lograr unas cuantas ideas - fuerzas capaces de acelerar el proceso de nuestra propia conformación. ¿Qué es, verdaderamente, el género «hombre de América», del cual el chileno, el argentino, el peruano, etc., no son sino especies? ¿Qué tipo de pensamiento, de sensibilidad y de voluntad hacia el futuro implica esta condición de hombre de América? Sobre la base de nuestra realidad biológica, cultural y geográfica que en parte nos determina, ¿qué tipo aspiraremos a construir en Hispano-América? ¿A qué sistema de principios, a qué tabla de valores habremos de adherir? ¿En qué sentido podemos llegar a componer una imagen nueva del hombre y de la sociedad y hasta qué punto sería posible que evitáramos continuar exhibiéndonos como un vulgar pleonismo

Juvenal Hernández

de Europa? He aquí algunos graves temas de meditaciones que sugiere el temario del congreso. ¿Cómo no advertir que se hallan íntimamente vinculados a esta necesidad de formar, mediante una adecuada dirección educativa, las bases de una conciencia nacional y americana?

¡Curioso cuadro el de los pueblos ibero - americanos! Hijos de un mismo esfuerzo imperial, poseedores de dos lenguajes afines y de una misma doctrina religiosa, con intereses económicos concordantes y un pasado heroico en que sus grandes hombres confunden, fraternales, sus ensueños de redención, se obstinan, sin embargo, en vivir en un distanciamiento suicida que pluraliza sus aspiraciones en vagos conceptos nacionalistas, sólo eficaces en breves circunstancias y cuando son firmes y fuertes las colectividades que les sustentan.

¡Ibero - América desunida no puede ser dueña del porvenir! La futura grandeza de los pueblos ibero - americanos radica en el hecho incuestionable de que solucionemos el problema educacional y político que nos alistaré primero y nos capacitará después para alcanzar la unidad, jurídicamente constituída, de todos los pueblos de habla española y portuguesa de este hemisferio.

En 1811, en su proyecto de una declaración del pueblo de Chile, escribe don Juan Egaña: «El día que la América reunida en un congreso ya sea de la nación, ya de sus dos continentes, o ya del Sur, hable al resto de la tierra, su voz se hará respetable y sus resoluciones difícilmente se contradecirán. Pero aunque todos confiesen estas verdades, creen algunos, difícil la formación

D i s c u r s o

de tal congreso: ¿Y por qué?, su justicia y necesidad son notorias, y así tiene esta empresa el voto y deseo de todos los pueblos americanos, y no debe contradecirse con los extranjeros. Estamos unidos por los vínculos de la sangre, idioma, relaciones, leyes, costumbres y religión; y sobre todo, tenemos una necesidad urgentísima de verificarlo, que nos ha de inducir irresistiblemente a ello. Sólo me parece que falta la voz de algún pueblo de América, autorizada por el consentimiento general, que llame a los demás de un modo solemne y caracterizado.»

Palabras inspiradoras y proféticas, señores profesores, que tiempo más tarde, con resonancia continental, tendrían soberbio paralelo en una idéntica concepción del Libertador Bolívar.

*

La educación ha de ser, pues, interpretada como el más poderoso instrumento para configurarnos nacional e internacionalmente en la gran comunidad americana. A cada uno de los grados de la enseñanza corresponde un destacado papel en esta tarea.

No necesito insistir en la importancia considerable de la educación elemental como instrumento para producir una primera convergencia de los espíritus hacia una cultura básica con sentido nacional y americano. Sin embargo, masas considerables de los niños del continente aparecen destituidos de esta mínima iniciación

Juvenal Hernández

en los bienes de la cultura. El significado de la educación primaria, teóricamente reconocido por todos nuestros pueblos, necesita ser prácticamente subrayado hasta llegar a la creación de una escuela popular de tipo verdaderamente humano. Los estados de América necesitan superar ya la etapa en que este grado de la educación se ha encontrado abandonado a los impulsos de la filantropía o a los aportes de la iniciativa privada para utilizarlo en amplia escala, homogéneamente, como un instrumento en la creación de un pensamiento, de una sensibilidad y una voluntad americanos.

La educación secundaria, aun cuando siempre alcanza a un volumen más pequeño de nuestra población, tiene que cumplir también un delicado papel. A ella corresponde golpear la conciencia de los jóvenes en el momento en que son más permeables a los altos valores del espíritu. La educación secundaria tiene que acentuar especialmente la formación de una conciencia humana, pero no debe olvidarse que los pueblos que vamos a formar continúan siendo ciudadanos de América. Sin que ello implique renunciar a una clara profesión de fe humanista, advertamos que el concepto de las humanidades de tipo europeo ha debido evolucionar en nuestras escuelas mediante la incorporación de nuevos elementos de estudio que se revelen materia adecuada para la formación del hombre americano.

Las universidades del continente tienen que continuar produciendo los técnicos que necesitan nuestros bosques, nuestras industrias, las funciones de la administración pública y las profesiones liberales, pero

D i s c u r s o

ellos han de ser individuos capaces de comprender la vida de nuestros pueblos y las nuevas condiciones en que tendrá que desenvolverse la existencia del mundo. No pueden ser exclusivamente un foco de vida académica en que se abuse de la erudición siguiendo las huellas de un alejandrino muerto sino que, sin renunciar a la actitud desinteresada que es característica inalienable de la ciencia, ha de proyectar la luz de sus métodos hacia la solución de los problemas urgentes de la realidad local, nacional y continental. En este orden de cosas, quiero destacar la tradición cívica de los profesores de la Universidad de Chile, vigente a lo largo de la mayor parte del siglo diecinueve y operante en nuestros días, que por la conducta de sus hombres y la gestión de sus técnicos inspiró más de alguna decisión capital en la vida republicana. Y, sobre todo, en correlación con esta típica función superior de adelantar la ciencia, nuestras universidades han de continuar manteniendo dentro de ellas el espíritu de libertad — una amplia libertad de cátedra — para ejercitar con la mayor nobleza las delicadas tareas del pensamiento. Si la libertad del profesor universitario frente a las materias de su cátedra llegara alguna vez a controlarse, nuestras corporaciones habrían dejado de existir como tales universidades.

Pero la educación, en general, y los diversos grados de la enseñanza en especial, no son más que simples herramientas, medios que sólo cobran valor y sentido en relación con un determinado sistema de fines, es decir, con una concepción coherente de la vida. En verdad, el organismo educacional más sólido en cuanto simple

Juvenal Hernández

esquema administrativo, el cuerpo de profesores más competente en cuanto mero grupo de técnicos, fracasará de una manera indefectible si su labor no se encuentra orientada por una gran filosofía de la vida.

Tengamos la franqueza de reconocerlo. Hasta hace poco tiempo la vida hispano - americana se ha caracterizado por la imprevisión, se ha encontrado determinada por factores más bien contingentes, siguiendo la caprichosa línea del azar, abandonándose, en una verdadera hipnosis, a la imitación de todos los modelos extraños, en una palabra una existencia que no ha sido plenamente *querida* por nosotros. El hecho de que hoy se congreguen los maestros implica una voluntad de organizar la vida continental desde el punto de vista de la inteligencia. Y la inteligencia es amiga del orden, inclinada a organizar los grandes cuadros de ideas que dan sentido a la conducta de los individuos y a la actividad de los pueblos.

Por larga tradición americana que a través de múltiples vicisitudes se ha revelado valiosa, porque nuestro nacimiento a la vida se confunde con la experiencia de un acto de libertad, porque la afirmación humanista implícita en nuestra tarea de la enseñanza lo impone, los maestros de América tenemos que renovar hoy día nuestra profesión de fe democrática, destacar el significado de la democracia en cuanto ella constituye una permanente filosofía de la vida, cuyas implicaciones no hemos agotado de una manera total, ni para organizar políticamente la existencia de nuestros pueblos, ni para conformar humanamente nuestra economía, ni

D i s c u r s o

para vitalizar en forma debida nuestro sistema educacional. Uno de los temas que se proponen a las deliberaciones del actual congreso es la defensa de la democracia, y en verdad, la condición inicial de semejante defensa es tomar una clara conciencia de las ideas matrices que se encuentran implicadas en el ideal democrático, ya que las bases de una buena conducta cívica se encuentran, en su mayor parte, en las propiedades de un pensamiento claro. Tenemos que clarificar nuestras mentes para avanzar con paso seguro en la evolución de nuestras instituciones.

En este orden de cosas corresponde a los organismos educativos una labor de la más señalada importancia. Hemos de abandonar la situación absurda que a falso título de neutralidad escolar esterilizaba la labor de nuestras escuelas y anulaba la disposición de nuestros maestros. En adelante, hemos de proclamar decididamente los postulados de una educación para la democracia. Corresponde a la escuela una labor de primera magnitud en esta tarea de formar una conciencia democrática en los niños y jóvenes de América.

*

Señores delegados:

Alguien ha dicho que donde quiera que los hombres se reúnan a pensar en común sobre los problemas urgentes de la vida social, no con el ánimo pueril de ven-

Juvenal Hernández

cerse en una inútil justa dialéctica sino con la voluntad de esclarecer sus ideas para regularizar su conducta, pensar rectamente para actuar bien, el espíritu de Sócrates se encuentra presidiendo sus deliberaciones. La democracia es inseparable del culto de la inteligencia, de un ejercicio certero del pensamiento en que la arbitrariedad de los juicios individuales se someta a las normas objetivas y austeras de la razón. Hoy que nos reunimos en medio de tan difíciles circunstancias, coloquemos las deliberaciones de esta asamblea bajo la advocación del viejo maestro griego que simboliza el ejercicio más noble de la inteligencia, el venerable espíritu socrático, ejemplo de integridad ciudadana y modelo de actividad pedagógica.

El tremendo destino de esta época ha puesto a los pueblos de América en la coyuntura portentosa de llegar a convertirse en los días de la post-guerra en la verdadera «tierra de todos» de que hablara en una de sus creaciones un insigne novelista hispano. Desde las caldeadas mesetas de México a los llanos de Venezuela; de los profundos vergeles de Colombia a los archipiélagos temidos de Chile austral; desde la cordillera andina a las selvas amazónicas; de Norte a Sur, de Este a Oeste del mundo de habla española y portuguesa, se extiende la tierra promisoría de América, la nueva Canaán hacia la cual miran las multitudes doloridas y huérfanas de la vieja Europa ensangrentada. Mañana, en esa noble civilización, se apagará el tronar de los cañones y dejará de llover fuego del cielo, pero muchas esperanzas habrán apiñado allí sus escombros y las ruinas humeantes nu-